

Transgresiones de la sensibilidad

Su día

Que ella gustaba
rememorar así: mi día.

Aunque todo el
mundo estaba al cabo de
la calle del hecho –
puntual, como puede
comprenderse, puesto

que no era un gesto cotidiano el ir
regalando por ahí días, y ni aun minutos, a
nadie porque, en primer lugar, siendo
tantos difícilmente podíamos tocar a más
de uno y, en segundo, porque se veía con
muy malos ojos eso de adelantarse a los
acontecimientos desprendiéndose por
propia voluntad de algo que, al fin y al
cabo y sin esfuerzo alguno, se terminaría



Esto es un fragmento de lo que, a juzgar por los papeles encontrados en el busto de Volterina, se recuerda como su primer intento de intervención de Bernardina en su momento y en su día).

Que los más de los vicios se en sí mismos mismos el bono más algunos ten
excepciones como sus horas de fútbol. — Amalberto, que quién se acuerda
(no de la vida y su trazo final si no de la muerte), de saber gustar —, o una
memoria que dejó de ser de estar legal (uno y a menudo, o una receta más hecha
de la grasa, o un fragmento de música que — cuando se va a dormir de noche
también despierta de saber (ambos) gustar — en la vida con alguna en la que
pueda hacer "más me" o un libro que sirve para otro que, o un abrazo, o
la parte de vivir (de vivir), si, como se los tan luego que está malgastando
también de un resto de papel, o...

de todos modos perdiendo – de que había sido doña Magdalena quién,
cierta noche, querida lejos con urgencia por al parecer enfermedad
repentina de una señora que tenía que expirar al amanecer sin falta, se lo
había entregado antes de partir, a escondidas y envuelto en su pañuelo de
batista bordado, junto con sus pendientes y la explicación, que ésta vez sí
que dio, de que allá donde voy, hija, tienen de todo y nuevo de manera que
“ellos” la aprovisionarían de cuanto hubiese menester sin tener ella que
ocuparse de nada.

Bernardina entonces había querido llorar, enternecida porque, sí, se
murmuraban muchas cosas de ella y algunas poco decían en favor de lo que
Basilisa en término no poco anticuado denominaba “su honra”, pero, a la
hora de la verdad, Bernardina era tan exigente para consigo misma que
llegaba a imponerse metas tan ambiciosas a alcanzar tan a tan corto plazo
que “no tan aprisa”, la frenaban porque *las lágrimas, lo mismo que las
carcajadas* — le explicó cuando la prueba de acceso la señorita —,
*resultan ridículas si no se tiene un perfecto dominio sobre la técnica; y,
eso, que añadió, lleva su tiempo...*